

Tras la línea

Horror nocturno

Sergio González Rodríguez

Frente a lo abierto de la creación, todo aquello que rebasa la postura antropocéntrica queda en una exterioridad vastísima que sólo puede ser escrutada desde una filosofía de la vida, no del humanismo, mucho menos del hombre como tal.

Tal línea de pensamiento la recupera Eugene Thacker en su ensayo *In The Dust Of This Planet*, donde afirma que si el horror tiene menos que ver con la muerte, que con el pavor ante la vida en su sentido amplio, lo cual podría denominarse alteridad radical, surge la noción de lo impensable que tal dimensión podría representar: los límites de nuestro lugar en el mundo, “el espectro que cerca el horror”. La vida en sí misma, la vida después de la vida, el horror cósmico, lo blasfematorio, la amenaza de las plagas o la extinción, la anomía (o ausencia de reglas) y el vacío serían signos derivados de lo impensable.

Si se interroga el horror de los sueños desde lo que afirma Thacker, y antes que él Walter Benjamin, se dispone de una vertiente interesante para interrogar las posibilidades creativas de la sustancia onírica. La subjetividad de cada quien no sólo reflejaría el estado anímico de la persona, sino, sobre todo, su conexión con lo impensable que, como especie humana, podemos intuir.

La memoria, memoria frágil y fugaz al fin, envía indicios, sombras, avisos, presagios de lo impensable noche tras noche. Esos datos son generales y, en algunos casos, adquieren el rango de misterios particulares cuando, por ejemplo, anticipan algo negativo o adverso que habrá de suceder.

Una noche soñé que unos sujetos desconocidos, con los que yo iba a bordo en un coche por un camino o avenida oscura, me traicionaban (eso pensé en el sueño):

el coche se detuvo y uno de los sujetos, que estaba en la parte delantera del coche, me amenazó con un arma de fuego. La impresión de la escena onírica fue sobrecogedora. Me desperté de inmediato, abrumado de miedo. Semanas después, la experiencia se replicó en la realidad cuando iba a bordo de un taxi.

Lo interesante del episodio reside menos en el cariz premonitorio y específico, innegable y atroz, que en su conexión con lo indecible. Una huella en mí, remota e inconsciente, hizo resonar el contacto de mi ser con una amenaza primigenia, la cual se exteriorizó de súbito. ¿Convoqué yo lo aciago, o lo aciago me atrajo? O bien, ¿acontecieron ambas cosas? En el sueño, en tanto umbral a la vida en sí, desprovista de entidad humana, sería posible ese tipo de fenómenos.

Guy de Maupassant publicó en 1886 un cuento estremecedor, “El Horla”, en el que narra el encuentro nocturno de su protagonista con un ser que representaba lo indecible: “Ese ser, que yo he llamado El Horla, existe. ¿Quién es? Señores, ¡es el que la Tierra espera después del hombre! El que viene a destronarnos, a someternos, a domarnos, y tal vez a alimentarse de nosotros igual que nosotros nos alimentamos de los bueyes y de los jabalíes. ¡Se le preste, se le teme y se le anuncia desde hace siglos! El miedo a lo Invisible siempre ha acosado a nuestros padres. Él ha llegado”.

Como se sabe, tal relato refiere una circunstancia que acontece entre el sueño y el despertar. E inspiró a H. P. Lovecraft para escribir su cuento “La llamada de Cthulhu”, que será el fundamento de *Mitos de Cthulhu*: criaturas de otros mundos vivieron en la Tierra en otros tiempos y regresan a reconquistarla.

Así los términos, cada persona mantendría una puerta con lo indecible en el universo onírico. Y en sus pesadillas albergaría la llave para abrir esa puerta.

En mis pesadillas de infancia acudía, a veces producida por la fiebre, la sensación opresiva de estar dentro de una madeja gigantesca que apenas me dejaba respirar. En mi vida adulta dejó de aparecer tal entidad maléfica, abstracta y física a la vez, anónima y gris. La Cosa. Ahora que la recuerdo, su consistencia y forma se asemejan mucho a las imágenes logradas con microscopios electrónicos de diversos tipos de virus. Thacker recuerda que el noventa por ciento de las células del cuerpo humano pertenecen a organismos no humanos: bacterias, virus, hongos y todo un bestiario de distintos organismos.

Entre mis pesadillas más constantes está el mal de vértigo. De pronto, puedo estar en una cornisa de un edificio de cinco o seis pisos y sé que caeré de modo irremediable. Me despierto lleno de angustia. O me veo, no sé cómo, abrazado de un asta bandera de treinta metros y mis brazos ya no pueden sostenerme, por lo que caeré sin remedio al asfalto. De nuevo, sólo me salva el despertar, aunque al paso de los años he desarrollado mecanismos de defensa inconscientes (como en los relatos fantásticos y los mitos antiguos) que me permiten escapar de la adversidad: puedo volar o descendo yo mismo del asta bandera. El acuerdo entre la conciencia y el inconsciente resuelven la vicisitud y se cierra la puerta a lo indecible.

Otra pesadilla que suelo tener es una variante del asalto o traición: la intromisión en mi casa o en mi cuarto de gente perversa. A veces son niños, o pandilleros juveniles.

En el mal de vértigo del sueño surge el espectro del *horror vacui*, así como en el asalto o traición y sus variantes reaparece la anomia, que de pronto se expresa por la recurrencia de inmundicias o insectos o animales monstruosos. Por fortuna, esas pesadillas son en mí cada vez más esporádicas.

Me he soñado en trance de morir o muerto, y he visto en esa pesadilla a mis

los cuales se niegan a la explicación racional. Los maestros de la literatura de misterio saben crear el suspenso en el que irrumpirá lo aciago y algo peor: la imposibilidad de escapar de ello. Ya sea que se trate de una mente perversa o asesina o una criatura ignota, el horror se da por el acto de abrir la puerta a lo desconocido. Incluso en tiempos profanos, desacralizados, laicos, donde domina la ciencia y la

ciencia ficción, el cine y la cultura masiva han consignado su tiempo adventicio.

Los inmunólogos que insisten en que el organismo humano contempla una alternativa entre lo amistoso o lo peligroso prefieren desoír el consejo de los astrofísicos más notables: será mejor que la humanidad no entre en contacto con seres de otras civilizaciones, pues es probable que ellos tengan un dominio mayor de lo que conocemos como ciencia y tecnología. Lo desconocido de la dupla Maupassant-Lovecraft entra de nuevo en la escena.

En la película *Alien, el octavo pasajero* de Ridley Scott, los viajeros en el espacio hibernan largo tiempo antes de recobrar la conciencia y emprender la misión que les fue destinada. Su despertar coincide con la urgencia de una exploración donde surgirá el problema: el contacto con un alienígena cuya capacidad de supervivencia es superior a la de los humanos.

El despertar de Ripley, la heroína, sólo puede recobrar la hibernación que le permitirá regresar a la Tierra una vez que se deshace del xenomorfo. A ella la acompaña siempre un gato: ser asociado a la Luna (intuición, imaginación, magia) y a las tinieblas. En su aventura, Ripley lleva ese fetiche-talismán. El sueño de Ripley ha presagiado el horror y su recuperación abre la puerta a la pesadilla del peligro, de lo desconocido, de lo indecible: la extinción del género humano.

La racionalidad que se quiere imponer a la sustancia de los sueños deja de lado su contacto con la puerta oscura, pero en ella hay mucho más que pasiones y traumas íntimos. Pervive el susurro de algo que nos rebasa y para lo cual, columbramos, se carece de alguna defensa. El horror en los sueños instala nuestra indefensión extrema, por eso se vuelve imperativo interpelarlo.

En *Los sueños de diez noches*, Natsume Sōseki cuenta el noveno: un hombre ha dejado su hogar para ir a la guerra. La esposa reza en el templo cada noche por el regreso de él y lleva consigo a su hijo pequeño. Ella ignora que su esposo ya ha muerto asesinado por un guerrero. La moraleja de la inadvertencia construye un cuento de horror: ¿y si El Horla soñado ya está entre nosotros? **U**



Alien el octavo pasajero de Ridley Scott, 1979

seres queridos desechos en llanto. He despertado de inmediato para asegurarme la posposición de la muerte, cuyos signos llegan bastante tangibles: aromas, colores, aspectos, sensaciones mórbidas. Pero como si fueran datos obvios, tales signos carecen del pánico que lo indecible desata: algo animal, una certeza de deicidio, de cataclismo inevitable. Como anticipó Lovecraft: la más antigua y poderosa emoción de los seres humanos es el miedo, y el más insólito y fuerte miedo es aquel que provoca lo desconocido.

Lo desconocido suele carecer de traducción a partir de los códigos racionales que rigen nuestras vidas. Por eso los momentos de mayor horror son los que se presentan de pronto, casi indetectables, y

tecnología, lo desconocido continúa como la fuente suprema del horror y sus correlatos: lo inexplicable, lo indecible.

Giorgio Agamben ha escrito en *Lo abierto* que la máquina antropológica creada por la filosofía occidental ha dejado de articular los vínculos entre naturaleza y hombre para producir lo humano a través de la suspensión y la captura de lo inhumano: “La máquina se ha detenido, por así decir, está en ‘estado de suspensión’ y, en la recíproca suspensión de los dos términos, algo para lo que quizá no tengamos nombres y que no es ya ni animal ni hombre, se instala entre naturaleza y humanidad”. Agamben no se atreve a decir su nombre, pero hay que decirlo: es la máquina *alien*, de la cual la literatura de